

“ESTÁN TRATANDO DE MATAR A LA GENERACIÓN QUE QUIERE MORIR”

“THEY ARE TRYING TO KILL THE GENERATION THAT WANTS TO DIE”

Chile vive una crisis política, económica, social y de derechos humanos sin precedentes desde fines de la dictadura. Ya son tres meses de movilizaciones iniciadas en principio por un alza en los precios del transporte público, la así llamada “crisis de los 30 pesos”. Este aumento fue la gota que derramó el vaso de un pueblo que tenía acumulada diversas capas de frustración, rabia y malestar, producto de varias décadas de injusticias y abusos por parte del laboratorio neoliberal chileno que descansa en la explotación de muchos, para el gran beneficio de unos pocos, generando inevitablemente innumerables desigualdades.

A mediados de octubre, esta situación condujo a una semana de “revuelta escolar”, iniciada por algunos estudiantes de enseñanza media quienes saltaron los torniquetes para evadir el pago del pasaje de metro, lo cual rápidamente se viralizó e incluso, gozando de cierta aceptación social, se convirtió en un acto intergeneracional. Así, los jóvenes fueron exponentes del abuso sistemático y estructural en el que está sometida la sociedad, y lo ven a diario con los efectos que lleva sufriendo la generación de sus padres, desde el retorno a la democracia. Como comenta Carla Peñaloza, doctora en Historia y profesora en la Universidad de Chile, “Tienen un coraje que nosotros, amedrentados por la experiencia de la dictadura, no pudimos tener”.

Los estudiantes politizaron el malestar que durante décadas el sistema que ha tratado de silenciar a través del falso mito de la meritocracia que promueve el éxito como sinónimo de capacidad de consumo, que depende únicamente del esfuerzo personal.

Esto se manifiesta en que en los colegios, son animados a rendir y sacar un buen puntaje en los exámenes estandarizados como el SIMCE y la PSU, para asegurar su futuro. Pero a la vez, son conscientes que este esfuerzo no garantiza su “éxito”, y por el contrario, es su posicionamiento social el que lo asegura. De hecho, un análisis de grandes bases de datos nacionales da cuenta que el elitismo –medido en base a qué tipo de colegio asiste– pesa mucho más que el rendimiento y desempeño a la hora de determinar el sueldo a futuro .

Como es lógico, esta realidad socioeconómica pesa a diario, en las cabezas de los estudiantes al punto que sus expectativas de futuro se ven afectadas, lo cual tiene un impacto en su desarrollo personal, bienestar y salud mental. Así lo muestra un estudio nacional en el que uno en cada cuatro chilenos entre 4 a 18 años de edad cumple con los criterios para un trastorno psiquiátrico . Entre los países de la OCDE, Chile tiene una de las tasas más elevadas de suicidio en la población general y según UNICEF, Chile se sitúa en el último puesto del ranking de países en materia de bienestar y salud . Esta situación fue durante mucho tiempo, el escenario perfecto que incubó una crisis en salud mental y que sigue afectando a diario en las aulas de los liceos en Chile.

Sara Schilling
María Gispert
Sergio Malverde
Eric Tapia

Unidad de Salud Mental
Escuela de Salud Pública
Universidad de Chile

A este respecto, durante los meses precedentes al estallido social, estuvimos trabajando en colegios de la RM y V Región, en el marco de una investigación sobre salud mental en jóvenes, donde pudimos constatar que su deseo de morir era preocupante. A saber: un 43% de los participantes del estudio ha pensado algunas veces que la vida no vale la pena; el 23% declaró la intención de terminar con su vida; y el 5% había intentado suicidarse. Además, en nuestro estudio, pudimos constatar que los estudiantes se encuentran disgustados con la realidad de sus colegios, por sentirse hacinados y poco estimulados, por sentir que están haciendo esfuerzos fútiles, ya que sus expectativas están determinadas por la comuna donde viven. La desesperanza era palpable y nos hicieron explícito su descontento. Frente a estos antecedentes, podemos decir que un grupo importante de jóvenes ha perdido el sentido de vivir.

Estos datos se traducen en luchas diarias e individuales, que por sí solas cuesta ganar. No obstante, cuando el malestar se hace colectivo y las personas se movilizan –por ejemplo, en el acto de saltar los torniquetes en una demostración de desobediencia civil– se corrobora que la unión hace la fuerza. De este modo, los jóvenes eran el ejemplo para la población, al develar el ahogo que les oprime a diario.

En las manifestaciones y marchas posteriores, hemos sido testigo de varios carteles que alumbran la crisis de salud mental: “No era depresión, era capitalismo”, “Sin justicia social, no hay salud mental”, y en un tono más desafiante, “Están tratando de matar a la generación que quiere morir”. Los jóvenes alentaron a la sociedad en su conjunto a protestar para defender sus derechos sociales, a la vez que aquellos de la “primera línea” defienden la integridad de los manifestantes contra la violencia ejercida por las fuerzas de orden.

Un hecho reciente que ilustra el rechazo al sistema educativo actual ha sido el boicot a la PSU por parte de grupos de estudiantes a lo largo del país, en una muestra del descontento por la desigualdad que esta prueba representa. Estudiantes que se autodeclararon como “los hijos de los trabajadores que no han podido ingresar a la educación superior”.

Al final de nuestra investigación, una estudiante comentó “no pensé que personas se podían interesar en que los jóvenes se suicidaron”. Ahora como sociedad, tenemos como tarea mostrarles que comprendemos su sufrimiento, y por eso compartimos, reconocemos y juntos lucharemos apoyando sus demandas por un futuro más justo y digno.